

Lección magistral

Antonio Orlando

Apreciados alumnos:

Se me ha invitado a dictar una conferencia en este recinto y a pesar de que, como seguramente todos ustedes conocen, hace más de veinte años decidí cortar la mayor parte de mis vínculos con la sociedad para dedicarme en cuerpo y alma al estudio y la investigación, no pude menos que acceder a la solicitud que me formuló el claustro de este alto centro docente. La razón es muy simple: sólidos y profundos lazos me unen, indisolublemente, a esta institución. Aquí comencé mis estudios cuando era, al igual que ustedes, un adolescente; aquí por vez primera impartí una clase; los laboratorios de la Facultad fueron testigos de mis primeros hallazgos científicos; muchos de los educadores que hoy se encargan de conducirlos a través de los a veces pedregosos senderos del conocimiento, fueron mis condiscípulos en los inolvidables años de la mocedad. ¿Cómo negarme, entonces, a la petición, suscrita por tantos amigos queridos y valiosos, de que acudiera esta tarde a conversar con el alumnado acerca de cualquier materia, la que estimase más oportuna para la ocasión? Imposible no escuchar semejante reclamo, máxime cuando se trata de los festejos por un aniversario más de la fundación de este amado colegio.

(El público aplaude calurosamente.)

Así pues, estoy ante ustedes, en el estrado de nuestro antiguo paraninfo. Miro en torno mío y decenas de recuerdos se agolpan en mi mente. Sentado en esas butacas, como uno más de los estudiantes que hoy me escuchan, tuve la suerte de asistir a no pocas conferencias de renombradas autoridades de las ciencias y las letras. ¡Es enorme, como podrán suponer, el compromiso en que me encuentro! Pidióseme que escogiera con entera libertad el tema de mi disertación y eso, lejos de constituir un alivio, despertó en mí la mayor dubitación. Decenas de posibles asuntos fueron valorados y, por una u otra razón, desechados de inmediato. Hasta que por fin hallé uno que, atendiendo a la mayoritaria juventud de la concurrencia que me honra con su atención, me pareció especialmente plausible. Se trata de la masturbación.

(Murmillos de extrañeza del auditorio.)

O, para ser más precisos, de las virtudes de la masturbación.

(A los comentarios se suman ahora risitas nerviosas y algunas toses de inquietud.)

Lo primero, lo que ustedes deben hacer antes de cualquier otra cosa, si es que desean que las palabras que voy a pronunciar ejerzan alguna influencia benéfica sobre sus personas, es liberarse ahora mismo, en este preciso momento, del absurdo criterio de que el sexo es sólo cosa de dos. No, amigos míos; ciertamente es cosa de dos, pero también de uno o de cuantos se pongan de acuerdo para practicarlo. Prescindan para siempre de los preceptos retrógrados, entiérrenlos a siete metros de profundidad si es posible, y sólo entonces estarán preparados para adentrarse en el conocimiento y la práctica de lo que, en un ensayo aún inédito, pero de inminente publicación, se me ocurrió denominar, a mi juicio muy acertadamente, «el sexo de la independencia».

(El silencio es total.)

Borren de sus mentes juveniles, ahora que todavía pueden hacerlo sin dificultades, todo lo leído en infinidad de libelos, toda esa pseudoliteratura donde se califica a la masturbación de «vicio estéril» o de «abominable placer furtivo». Ríanse, además, del montón de historias fantasmagóricas que les contaron al traspasar el umbral de la pubertad: que si es un pecado, que si es una aberración, que si ocasiona ojeras delatoras, que si es la causa de que aparezcan granitos en la cara... ¡No! ¡No, y mil veces no! La masturbación no es un sucedáneo ni un compás de espera hasta tanto se descubren las bondades de la cópula. Hablamos esta tarde, muchachos queridos, de una manifestación de la sexualidad tan plena, gratificante y lícita como cualquier otra. A propósito me parece conveniente citar un fragmento extraído del ensayo «Naturaleza de la soledad», escrito por el gran Rainer María Rilke, e incluido póstumamente en el volumen *Papeles de un poeta*, publicado en Viena, en 1936. Expresó el autor de las *Elegías de Duino*: «Ningún placer comparable al que nos procuramos por nosotros mismos, sin la necesidad de recurrir a otras personas, con la única y legítima complicitad de la envoltura de nuestra alma y de los ardores de la imaginación».

(Aquí y allá se escuchan rumores y siseos.)

Pero el «sexo autónomo» —como también lo designo en el estudio al que aludía antes— es, además, un importante índice de confianza en sí mismo; un notorio signo de independencia, de emancipación, de autoestima mayúscula. Es, en síntesis, la concreción de una verdadera autonomía sexual. Los psicólogos reconocen de manera unánime como un rasgo de madurez la capacidad de introspección, de bucear dentro de uno mismo, de profundizar en nuestras reservas intelectuales y afectivas. ¿Por qué aguardar pasivamente, entonces, por la presencia de un elemento externo, ajeno —*extraño*, gústenos el término o no—, encargado de descubrir, de revelarnos, la singularidad de nuestro eros? A cada uno de ustedes, mis jóvenes amigos, los conmino a bastarse a sí mismo también en esta esfera de la vida.

(Los estudiantes tragan en seco.)

No comparen la masturbación con ninguna otra cosa. Las comparaciones resultan casi siempre odiosas y poco efectivas. Cada fenómeno es único, incontrastable en su esencia, un universo en sí. La práctica sistemática del «sexo de la plena individualidad» —otra denominación acuñada por mí en el ensayo de marras— contribuye no sólo a una apreciable afinación de los sentidos y al desarrollo de la capacidad de fantasear del ser humano, sino que puede, y debe, conducir a una necesaria reivindicación de la propia naturaleza, incluso de aquellos segmentos o porciones de la anatomía que durante largo tiempo ustedes desdeñaron o ni tan siquiera tomaron en consideración como fuentes erógenas latentes. Muy revelador es, al respecto, el siguiente pasaje de la autobiografía de Arthur Schopenhauer (Edición príncipe, 1863. Casa impresora Von Sobotker e hijos, Hanover, página 205). Su lectura, lo confieso, me impulsó a profundizar en estas reflexiones que hoy comparto con ustedes, y quizás despliegue sobre el auditorio que ahora lo escuchará un similar efecto benéfico. ¡Ese es mi mayor deseo!

Harto me encontraba ya de los salones mundanos, de las damas empeñadas en conseguir que todos los especímenes del sexo masculino cayésemos rendidos, sin remedio, ante el inconjurable atractivo de sus encantos. Una vez que estuve a solas en mi habitación, me desnudé frente al enorme espejo y, cruzando los brazos sobre mi pecho, acaricé la piel aún firme y lozana de mis hombros. Un calor gratificante recorrió mi cuerpo entumecido; de algún sitio ignoto llegaron hasta mí los acordes melancólicos de un piano que alguien tocaba lejos, muy lejos, y con la melodía llegaban cientos de saetillas que se clavaban en mi carne y, lejos de lacerarme, me incitaban a la búsqueda del placer por caminos que creía olvidados. Aquella noche no precisé de esquelas galantes ni de los favores de las féminas para brindar a mis sentidos el goce que reclamaban sin postergación.

(El auditorio abejea un instante.)

Digámoslo claramente, sin subterfugios: de grandes masturbadores está plagado lo más selecto de la literatura del planeta. Piensen, por apenas mencionar algunos ejemplos, en Penélope y en Edmundo Dantés, en Segismundo y en Hamlet... Pero, ¿por qué circunscribimos, timoratamente, a entes de ficción? Puesto que no se habla de un delito, proclamemos que masturbadores impenitentes fueron Sófocles y Lovecraft, Emily Dickinson y Garcilaso, e incluso uno de los hermanos Grimm, ahora no recuerdo bien si Guillermo o Jacobo. Una pléyade de cultores del «sexo autónomo» se halla estrechamente asociada a los grandes momentos de la historia de la humanidad. Según fuentes dignas de la mayor credibilidad, Denis Papin, el inventor de la olla de presión y de la máquina de vapor, y Torricelli, el grandioso creador del barómetro, se masturbaban de lo lindo. Y otro tanto hacían Giovanni de Piano Carpini, el celeberrimo embajador que viajó a mediados del

siglo XIII por Mongolia, Asia Central, Rusia y Polonia, enviado por el Papa Inocencio IV; el navegante portugués Bartolomeu Dias, quien descubrió en 1487 el Cabo Tormentoso, denominado con posterioridad Cabo de Buena Esperanza; Praxíteles, el autor de las esculturas que adornaban el templo de Diana en Efeso; Gengis Kan y la divina Pávlova; Richard Wagner y Ricardo Corazón de León; el filósofo chino Lao-Tsé y buena parte de los epicúreos post-aristotélicos, como Apolodoro el Kepoturannos, Filodemo de Gadara y Plinio el Joven; la reina Cristina de Suecia y Salvador Dalí; Pierre de Coubertin y Tales de Mileto; Nostradamus y Vaslav Nijinski. La lista resultaría interminable... y nótese que he obviado, por elemental tacto, los nombres de mis coetáneos.

(Algunos profesores del claustro se ponen colorados.)

Entonces, muchachos míos, los exhorto de todo corazón a autodescubrirse como objetos eróticos. Llévense la punta de los dedos a la nuca y acaríenla con suavidad; deslícenlos después por su cuello, permitan que recorran sin apuro la mandíbula, el mentón, que se detengan en los labios. Unan las palmas de las manos y percátense de que no únicamente el contacto con otra piel es electrizante. Hagan pedazos los estereotipos, pulvericen los tabúes. Piropéense cuando estén desnudos ante el espejo: «Qué ancho es mi pecho», «Qué fuertes mis muslos», «Qué sensible la piel que me recubre las rótulas». Mordisqueen sin pena alguna sus nudillos, y las muñecas y los antebrazos nervudos. Rocen con suavidad sus tetillas, frótenlas hasta que adquieran la tersura de dos puntas de venablos; humedezcan con saliva el sexo pulimentado y ardiente; y echen a volar luego la imaginación.

(Los alumnos sienten como si un abismo se abriera bajo sus pies.)

Hundan el rostro en la almohada, muérdanla, desgárrenla; déjense abrazar por la penumbra y entonces díganse: «Mis miembros se mueven sin control, soy una marioneta de feria que danza al compás de un extraño organillo, de una cadencia absurda que impone a su capricho la pura sensualidad. En el techo de la habitación hay dos ojos observándome: son mis propios ojos que me contemplan con delectación, que se entrecierran para incitarme a la búsqueda del goce más elemental. La racionalidad importa un comino en este instante: el *homo sapiens* sucumbe ante el *homo eroticus*. Soy agua al fuego, a punto de ebullición. Un volcán en erupción —ah qué ardiente lava brota, con espasmos deliciosos, por su minúsculo cráter».

(Vértigo generalizado.)

Pero, por favor, cuídense de malinterpretar los conceptos que he expuesto ante ustedes en el día de hoy. En ningún momento he sugerido que den la espalda a otros medios de exacerbación de la libido. ¡Libreme Dios de seme-

jante locura! Simplemente se trata de que enaltezcan el humilde microcosmos de donde parte toda esa red tan compleja y abarcadora. ¿Qué sentido tendría dialogar con uno, dos, tres, cuatro o más interlocutores, si no se es capaz de sostener un profundo e indagador soliloquio, un monólogo que permita racionalizar nuestros cómo y los porqués? ¡Queridos alumnos, gozad de vuestra propia sensualidad! Tened presente que cada uno de nosotros es un bocado de ambrosía susceptible de ser degustado por sí mismo.

(El conferencista ordena sus papeles, pero los aplausos de rigor no se dejan oír. Levanta la mirada, perplejo, y contempla a su auditorio. Un grito de pavor pugna por brotar de su garganta; anfiteatro abajo, se le viene encima un alud de esperma incontenible.)

